

Yo he celebrado mi 14 de Julio sin memoria de mi cuarta. Veréis cómo ocurrió: Eras las luces de la noche. Una ocandalea radio vecina atronaba a la barriada con el bombardeo estrepitoso de sus aparatos explosivos (¿Por qué no haces, Señor, aviones de ruido a los que tienes radio? ¿Por qué, Señor, los columnas de generosidad estruendosa? ¿Por qué, Señor, para aturdirse ellas, han de aturdirnos a los demás? ... Hay quien disparó la radio a toda voz contra el recedario como los alemanes lanzan las bombas-cohetes contra Inglaterra; por puro placer de hacer ruido). De pronto, la radio dejó oír, chillona y estridente, una "Marcelina" de disco, una "Marcelina" en conserva. "Es el 14 de Julio—recorrido—. Otros años, hace ya veinte o más, estaba yo a estas horas en París, probablemente sentado en la terraza de la Rotonda, oyendo el clarinete y el acordeón de la murga que tocaba polcas, mazurcas y valses, y viendo bailar en medio de la calle a los modistillos y a las modelos de Montparnasse con franceses mostachados y melendados artistas escaudinoses." "Noches del 14 de Julio parisiense!"

Iba ya a ponerme triste, melancólico y sentimental con aquellas recuerdos y con el de amigos queridos que pasarías este año la librete noche del 14 de Julio en el París apagado, estrangulado por la Gestapo. Busqué un libro para ahuyentar con su lectura la nostalgia y aliviar el recuerdo paucante y doloroso de estos amigos lejanos. El azar se ensañó dulcemente conmigo. El libro que mis ojos quisieron descubrir y al cual se dirigieron, por atracción inconsciente, mis miradas, era una colección de recuerdos y añoranzas. Este libro era "El tributo a París" de don Luis Bello. Lo compré aquí en una librería de viejo. Libro pulcramente impreso, como corresponde a la palera prosa castellana de don Luis, que uno lee ahora —estrangado de barbarismos periodísticos y de gringuisimos gacetilísticos— como se lee a un clánico. ¡Inolvidable, bueno y quijotesco don Luis, Caballero de la Triste Figura y de las Nobles Letras! Con su libro en la mano, la imaginación —afortunada de los refugiados sin fortuna— me trasladó desde la alegre terraza de la Rotonda de París —que momentos antes escuchaba yo en esta noche mexicana de mi 14 de Julio— hasta la encantadora tertulia del madrileño café Regina. Allí estaba don Luis en el rincóncito del fon-

do, con Aníbal, con Canudo, con García Bello, con tantos amigos muertos o dispersos, borrado ahora entre la atmósfera de humo del café y la bruma del recuerdo. Oía yo la voz tenue de don Luis y veía su silueta leve, imagen de su existencia, que la vida había hecho flotante e insustancial. ¡Imposible arrancarme a los recuerdos! Para gustarlos suavemente, fui bebiendo el libro con mis ojos, como se hace con un buen vino añejo: palabra a palabra, sorbo a sorbo. ¡Dulce embriaguez de la lectura cuando el odre de la imprenta nos brinda una prosa cálida y bella, prosa de muchas gradas, más transparente y pura!

Estas páginas del libro son de 1905 a 1908. Son crónicas periodísticas escritas para "El Imparcial". Don Luis había ido a París como corresponsal del periódico. "París es el primer paso del exatriado", escribe. "¿Cuántos pasos más para el español eternamente exatriado! Aquel español quijotesco —educado, no ya en el culto, sino en la superstición de París"—, aquel hidalgo manchego rinde su "Tributo a París". Es el París de Fallières y de Crengueville, de Willy y de las Claudinas, de Rubén Darío y de Bruand, de los ómnibus de caballos y de los periódicos de "boulevardiers", de las estudiantes ruas del Barrio Latino y de la bohemia agonizante de Montmartre. Yo me imagino a don Luis, con su larga figura desahogada, envuelto en un abrigo absurdo, tocado con ancho chambergo, yendo de un lado para otro por aquel París retrospectivo o extraño, en busca de la comida de las doce en un "bistro" de la "rue gautche", o visitando a algún personaje destacado por la actualidad de entonces en busca de temas para alguna crónica: —Monseñor "Beló", periodista español...

—¿Voiás don Quixote?... Don Luis pensaba siempre en España, en la "coracha" de sus ilusiones, embellecida por tantas

excursión en automóvil hasta Tours y Burdeos. Era toda una aventura en aquellos tiempos, en los que hacía falta tanto valor para ser automovilista como en los nuestros para no serlo y quedarse en simple peatón de ciudad. Don Luis de la Mancha afrontó la aventura serenamente y dedicó una de sus crónicas francesas a la "Defensa del automóvil". En el viaje, don Luis hace esta observación: "la gallina es un volátil tan limido como el aserario, que aprovecha las alas

para meterse debajo de las ruedas". Luego, viajando por tierras ricas de Francia, le explicaba don Luis al inglés: "Cuando usted lleve su automóvil por las cominas de Guadarrama, o por las sierras de León, de Teruel, de Granada o de Córdoba, verá usted cómo encuentra en ellos toda la justificación de una raza. Estamos a un extremo de Europa. Por cada palmo de tierra laborable hay diez de roca estéril. ¿Qué vamos a plantar allí, como no plantáramos castillos?"

El quijotesco español plantador de castillos en la roca vuelve a París durante el verano y recoge en el libro algunas de sus crónicas bajo este título: "Fantasías estibales". Entre ellas hay una dedicada al 14 de Julio. Es una crónica de fondo político; la dramática incertidumbre de la internacionalista, el joven Landernau, discípulo del "viejo" Heret y admirador de Jaurés, que, aquel 14 de Julio, no sabe si encerrarse en su hosquedad antimilitarista y revolucionaria o entregarse a la feliz y desprecupada alegría de París, ir a la revista militar de Longchamps y bailar a la luz de los farolitos de

hasta entonces era agreste antón de la furibunda revolucionaria y antipatriótica para acabar siendo un miserable trago-aguay del balneario de Petain. don Luis procede con socorronería manchega. Bien sabe él que la noche del 14 de Julio no pocas los revolucionarios y los antimilitaristas por entregarse al vals, a la canción y al beso. Todo París esa noche está —estaba— conmovido en una pura fiesta del pueblo. El joven Landernau y la muchacha de la canción y el beso tomaban, a su manera, su Bastilla. Las otras noches del año no cesa tan fácilmente los farolitos de los poderosos, ni pueden levantarse con tanto brío las picas de los des-

comisados del "faubourg". Pero ¡ese 14 de Julio!

Legendo, leyendo el libro de don Luis Bello... cuando había dejado de escandalizar la radio vecina? Ya me quedaban pocas páginas del encantador volumen por leer. Don Luis, el ingenioso hidalgo don Luis de la Mancha, me había acompañado en esta noche de recuerdos... Dieron las doce. Había pasado ya el 14 de julio. "¡Ici on danse!" Pero nada pudo arrancarme aquella noche mi penachillo de este dramático 14 de Julio de los amigos extrañables que vienen murcudo hoy en el París nuestro y en tinieblas de Petain y de la Gestapo.

25
22 July
14
1969

-ha cubico
decano

A.P.C.E
SIG.:
A. 2e/1069